



“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, [“acosa” KJV, ASV] y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1). Se cuenta la historia de tres predicadores viajando juntos a un programa de Conferencias en una Universidad Cristiana. Uno de ellos mencionó el pasaje de arriba y dijo: “Ustedes lo sabe, todos tenemos un pecado que nos asedia — incluso nosotros los que predicamos” Creo que sería bueno que cada uno de nosotros confesará el pecado que lo acosa de manera que cada uno nos ayudemos a vencerlo. Voy a empezar conmigo, el pecado que me acosa es que me gusta beber un poco, únicamente un poco de bebida social cuando estoy lejos de los hermanos. El segundo dijo, “Bueno me gusta apostar un poco” Nada serio, sólo un poco de juego insignificante por la emoción que produce y por la posibilidad de quizás ganar un poco de dinero extra”. Mientras tanto viajaban sin que el tercer predicador dijera una palabra. “Vamos hermano Bill” “confiesa” “Sabemos que tienes un pecado que te acosa como al resto de nosotros” Dinos ¿Cuál es? Bill dijo, “Bueno, Si tengo un pecado que me acosa, “Me encanta chismear de vez en cuando” “¡y deseo poder llegar a casa para contarles todo”!.

Sí, los predicadores son humanos. Ellos enfrentan los mismos pecados como todos los demás. Pero debido a su lugar de influencia único y, a menudo, siendo el “rostro” de la Iglesia en la comunidad, sus

pecados pueden ser especialmente perjudiciales para la causa de Cristo.

Enumero algunos de los pecados de predicadores que he atestiguado tristemente a lo largo de los años.

Envidia y Celos: estas dos actitudes están estrechamente relacionadas. “La distinción radica en esto, que la envidia desea privar a otro de lo que tiene, los celos desean tener lo mismo o el mismo tipo de cosas para sí mismo” (W. E Vine, *Expository Dictionary of New Testament Words*, Vol. II, pág. 37). Desafortunadamente, los predicadores a veces pueden ser bastante envidiosos y celosos el uno del otro. El tamaño de la congregación, el salario, el número de Series y Conferencias en las que uno está invitado a hablar, el número de respuestas a la predicación de uno, los artículos que uno escribe y las publicaciones en que aparecen pueden convertirse en objetos de celos. Tanto la envidia como los celos son actitudes pecaminosas condenadas rotundamente en las Escrituras. ¿Pensamos que cuando los predicadores “juzgamos a los que hacen tales cosas, y hacemos lo mismo, que [nosotros] escaparemos del juicio de Dios” (Romanos 2: 3)? El difunto hermano Ira North solía decir (y quizás no era original con él): “No hay competencia entre los faros”. Qué todos los que predicamos el evangelio que cambia la vida, dejemos de lado toda envidia y celos, y regocijemos genuinamente cuando otros están tenido ¡Más éxito en la obra del reino que nosotros!

Guardar Rencor: Algunos predicadores (y algunos profesores de Biblia) son muy rápidos en tomar como ofensa cualquier cosa que podría considerarse como una crítica hacia ellos (ya sea en realidad o no), alguna acción que hayan tomado o alguna posición teológica que sostengan. Son ultrasensibles y parecen creer que ellos debieran estar por encima de las críticas. Cuando llega esa crítica, el crítico ya no está en la buena estimación de quien recibió la crítica. Se guarda rencor y el crítico está ahora "en la lista negra". Ninguno de nosotros disfruta ser criticado, pero la crítica puede ser productiva si se da y se recibe con el espíritu correcto. Pero bajo ninguna circunstancia es correcto guardar rencor contra otro. "Hermanos, no os quejéis unos a otros, para que no seáis condenados" (Stg.5:9). La libertad Mutua no guarda rencor, y tampoco debieran los Cristianos, ¡especialmente los predicadores!.

El Egoísmo: Algunos predicadores están plagados de un enorme ego y este defecto del carácter tal vez se encuentra en el corazón de muchos de los otros pecados de los cuales los predicadores son especialmente culpables. No soy un psicólogo entrenado, pero he estado cerca de predicadores casi toda mi vida y yo también lo soy, y conozco el egoísmo cuando lo veo — tanto en mí como en los demás. Reúna a unos pocos predicadores y vea quién puede "superar" a los demás al decir cuántos títulos tengo "tengo yo" y dónde "yo" los obtuve, qué "he hecho yo", dónde "yo he predicado", cuántas reuniones "Yo he sostenido", en que grandes nombres "he participado" en conferencias, cuántos sermones "yo he predicado" "cuántas personas "yo he bautizado" etc. etc.,

Creo que los predicadores tienen más problemas con el "yo" que cualquier otro grupo de personas que conozco, pero estoy seguro de que esta tendencia afecta a todas las profesiones. ¡Es difícil para algunas personas tocar en la "segunda fila"! Sé que los predicadores (y por lo demás son buenos hombres) que simplemente no pueden quedarse sentados por mucho tiempo y escuchar a alguien más contar sus logros sin sentirse obligados a contar lo que han hecho. Y tenga la seguridad...

nunca es menos de lo que el otro ha hecho; ¡Siempre es más y mejor! ¡Qué bueno sería si todos los predicadores pudieran entrenarse para sentarse en silencio y escuchar y regocijarse por los éxitos y la buena fortuna sin sentir la necesidad de decir algo sobre ellos mismos! "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Fil.2:3). ¿O esto no aplica a los portadores de "Buenas Nuevas"?

El Amor de la alabanza de los hombres — Muy parecido a lo anterior, es el amor insano de algunos predicadores por la alabanza de los hombres. Si bien el reconocimiento y honor reflexivos son apropiados, desear y buscar "la alabanza de los hombres" (Juan 12:43) degrada al verdadero hombre de Dios. Algunas de las palabras más fuertes de Jesús estuvieron reservadas para los líderes Judíos de su época. "Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres... y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí" (Mat.23:5-7). Jesús advirtió, "¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! (Luc.6:26). ¡El gran elogio de los hombres puede decir más sobre un predicador y su fidelidad a la Palabra de Dios que sobre el verdadero honor del predicador! Sin embargo, algunos predicadores son flagrantemente culpables de este pecado. En esto, están muy lejos de los profetas de Dios del Antiguo Testamento y de los apóstoles y predicadores de Cristo del Nuevo Testamento.

Inmoralidad Sexual: Muchos predicadores efectivos se han visto obligados a abandonar el ministerio debido a irregularidades sexuales tales como: fornicación, adulterio, homosexualidad, pedofilia, adicción a la pornografía y cosas por el estilo. Han destruido a su propia familia, a las familias de otros, han traído vergüenza y reproche a la Iglesia en su comunidad, vergüenza y reproche a sí mismos, vergüenza y reproche al nombre de Cristo, y destruido lo que podría haber sido un ministerio por lo demás largo y fiel

en el reino de Dios. Los predicadores son tan humanos como cualquier otra persona en este sentido, pero debemos protegernos de aquellas situaciones que tientan a uno a comprometerse en una conducta sexual inapropiada. (Mat.5:27-28; Gál.5:19-21; Efe.5:15; Col.3:5; 1 Tim.4:12). Una de las pruebas del Espíritu Santo y una de las gracias Cristianas es el dominio propio (Gál.5:22-23; 2 Ped.1: 5-7). Los predicadores necesitan practicar esto. "Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?" (Rom.2:21).

Compromiso para mantener el trabajo de uno: En una cultura donde las costumbres y la moral cambian constantemente, la tentación puede ser fuerte para "recortar" el mensaje del evangelio para que se ajuste a los estándares fluctuantes de la sociedad. En una época en que la doctrina es despreciada y la verdad proposicional es menospreciada, la tentación puede ser irresistible para no proclamar "todo el consejo de Dios" (Hechos 20:26-27). Dios no cambia (Mal.3:6), Su palabra no cambia (Mat.24:35), la verdad del Evangelio no cambia (Rom.1:16-17; 1 Cor.15:1-4). La respuesta del hombre al evangelio, la forma aceptable de adorar al Señor, la naturaleza de la Iglesia, y la forma en que debemos vivir como Cristianos no cambia (2 Tim.3:16-17; Judas 3). ¡Ay de aquel predicador que cede a la cultura que lo rodea y no habla la verdad de Dios, TODA la verdad de Dios, en amor (Efesios 4:15)!

Pero ha sucedido y sigue sucediendo. ¡Los nombres pueden ser citados! Y recuerde: uno no tiene que predicar la *falsa* doctrina para ser desleal a Cristo y al evangelio.

Uno simplemente puede *dejar* de predicar *toda la verdad* en su plenitud. Lo que nuestros oyentes *no conocen* puede condenarlos tan rápido como la falsa doctrina y la falsa práctica.

¿La lección en todo esto? Los predicadores son humanos. No son mejores ni más santos que cualquier otro Cristiano. Ellos también tienen pies de barro y deben, como todos los demás hijos de Dios "procurad

hacer firme vuestra vocación y elección" (2 Pedro 1:10).

- Fuente: **Hugh's New's and View's**
13 de Noviembre de 2018.